

-El fosgeno, la cloropicrina, el yodoacetato de etilo, la difenilcianarsina, el cloroformiato de Triclorometilo, el sulfuro de dictoretilo. Y no hablemos del ácido cianhídrico.

-Lo cual no me da la gana de creer -terminó Lenina.

-El ruido de catorce mil aviones que avanzan desplegados. En la Kurfürstendamm y en el Distrito Octavo, la explosión de las bombas de ántrax apenas si era más perceptible que la de una bolsa de papel reventada por un niño.

-Pues porque me he empeñado en visitar una Reserva de Salvajes.

- $\text{Ch}_3\text{C}_6\text{H}_2(\text{NO}_2)_3 + \text{Hg}(\text{CNO})_2 =$  ¿a qué? A un enorme hoyo en el suelo, pilas de cascote y algunas piltrafas humanas, un pie arrancado de cuajo y con la bota puesta aún, volando por los aires y cayendo -¡zas!- en un macizo de geranios, geranios escarlata; ¡qué hermoso espectáculo el de aquel verano!

-Eres incorregible, Lenina; hay que dejarte, no se puede contigo.

-La técnica rusa para inficionar los depósitos de agua era particularmente ingeniosa.

Volviéndose la espalda, Fanny y Lenina siguieron mudándose los trajes en silencio.

-La guerra de los Nueve Años, fue el gran derrumbamiento económico. Había que escoger entre la Inspección Mundial y la destrucción. Entre la estabilidad y...

-También Fanny Crowne es una muchacha bonita -dijo el Subdirector de Predestinación.

En las salas de los niños, terminaba la lección de Concepto Elemental de las Clases Sociales; las voces adaptaban la futura demanda a la futura oferta industrial: "¡Cómo me gusta ir en avión -susurraban-, cómo me gusta ir en avión!, ¡cuánto me gusta estrenar un traje!, ¡cuánto me gusta...!"

-El liberalismo, ni qué decir tiene, murió de ántrax, pero, a pesar de todo, cuanto había que hacer no se podía lograr por la fuerza.

-Dista mucho de ser tan neumática como Lenina. ¡Mucho!

"Los trajes viejos son horribles -continuaba el infatigable murmullo-. Hay que tirarlos. Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar, que tener que remendar, vale más..."

-Se gobierna legislando, no pegando. Se gobierna con el cerebro y las asentaderas, no con los puños. Hubo, por ejemplo, un régimen de consumo obligatorio.

-Ya estoy lista -dijo Lenina; pero Fanny seguía callada y volviéndole la espalda-. Hagamos las paces, Fanny.

-Cada hombre, cada mujer y cada niño tenía la obligación de consumir un tanto al año. Para favorecer la industria. El único resultado...

"Vale más desechar que haber de remendar. Cuanto más remiendo, más pobre me siento."

-Eso acabará mal el mejor día -dijo Fanny tristemente.

-Escrupulosas objeciones en gran escala: era cosa de no consumir. El retorno a la Naturaleza.

"¡Cómo me gusta ir en avión! ¡Cómo me gusta ir en avión!"

-El retorno a la cultura. Sí, sí a la cultura. Pero no se consume gran cosa cuando se pasa uno las horas muertas leyendo libros.

-¿Estoy bien así? -preguntó Lenina.

Su chaqueta era de paño de acetato verde botella, con piel verde de glutina en los puños y cuello.

-Ochocientos que practicaban la Vida Sencilla, fueron segados por las ametralladoras en Golders Green.

"Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar que tener que remendar."

Unos calzones de pana verde y medias blancas de lana glutina dobladas bajo las rodillas.

-Sobrevino después la célebre matanza del British Museum. Dos mil fanáticos de la cultura fueron exterminados con gases de sulfuro de dicloretilo.

Una gorrilla de jockey, verde y blanca, sombreaba los ojos de Lenina; sus zapatos eran de un verde vivo y muy brillantes.

-Por fin -continuó Mustafá Mond- los Inspectores cayeron en la cuenta de que nada se lograba con la fuerza. Los métodos lentos pero infinitamente más seguros de la ectogénesis, del acondicionamiento neopauloviano y de la hipnopedia...

Y ciñóse al talle una especie de cartuchera verde de imitación de tafete con cierre de plata, llena de preservativos (pues Lenina no era neutra).

-Se logró al fin que se practicasen los descubrimientos de Pfitzner y Kawaguchi. Una intensa propaganda contra la reproducción vivípara.

-¡Estupenda! -gritó entusiasmada Fanny. Nunca podía resistir mucho tiempo el encanto de Lenina-. ¡Y que precioso cinturón malthusiano!

-Se emprendió al propio tiempo una campaña contra el Pasado: cierre de museos, destrucción de monumentos históricos (afortunadamente la mayoría de ellos habían sido destruidos durante la guerra de los Nueve Años); la supresión de todos los libros publicados antes del año 150 de la era fordiana.

-Tengo que conseguirme otro igual -dijo Fanny.

-Había, por ejemplo, unas cosas llamadas pirámides.

-El mío viejo, de charol negro...

-Y un tal Shakespeare, de quien, naturalmente, no habréis oído nunca hablar.

-Pero es feísimo...

-Tales son las ventajas de una educación verdaderamente científica.

"Cuanto más remiendo, más pobre me encuentro; cuanto más remiendo..."

-La introducción del primer modelo T de Nuestro Ford...

-Hace casi tres meses que la tengo.

-Que fue el punto de partida de la nueva era.

"Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar..."

-Había una cosa, como ya dije, llamada Cristianismo...

"Vale más desechar que tener que remendar."

-La ética y la filosofía del subconsumo...

-¡Cómo me gustan los trajes nuevos!; ¡cómo me gustan los trajes nuevos!; ¡cómo me gustan...!

-De la mayor importancia en la época de la subproducción; pero en la era del maquinismo y de la fijación del ázoe, un verdadero crimen contra la sociedad.

-Es un regalo de Henry Foster.

-Se cortó el remate a todas las cruces y quedaron convertidas en T. Había también una cosa llamada Dios.

-Es verdadera imitación de tafilete.

-Actualmente tenemos el estado Mundial. Y las fiestas del Día de Ford, los Cantos en Común y los Ritos de Solidaridad.

-¡Cómo les odio, oh, Ford! -pensaba Bernard Marx.

-Había también una cosa llamada cielo; pero con todo ello no dejaban de beber enormes cantidades de alcohol.

-Como si fuese pedazo de carne; como si fuese un pedazo de carne.

-Había una cosa llamada alma y una cosa llamada inmortalidad.

-Pregúntale a Henry dónde lo ha comprado.

-Pero tomaban morfina y cocaína.

-Y lo que es peor, es que ella misma se considera un pedazo de carne.

-Pensionó el Estado dos mil especialistas en farmacología y bioquímica el año 178 de N.F.

-Parece muy malhumorado -dijo el Subdirector de Predestinación señalando a Bernard Marx.

-Seis años después, se lanzaba al mercado la droga perfecta.

-Vamos a hacerle hablar para divertirnos.

-Eufórica, narcótica, agradablemente alucinante.

-¡Siempre de mal humor, Marx, siempre de mal humor! -La palmada en el hombro le hizo sobresaltarse y levantar los ojos. Era aquel bárbaro de Henry Foster-. Lo que necesitas es un gramo de soma.

-Todas las ventajas del alcohol y ninguno de sus inconvenientes.

-¡Oh, Ford, le mataría!" -pero limitóse a decir:- No, gracias -y a rechazar el tubo de tabletas que le ofrecía.

-Puede uno descansar de la realidad cuando le venga en gana y tomar sin el más mínimo dolor de cabeza ni la menor mitología.

-Toma, hombre, toma -insistía Henry Foster.

-La estabilidad quedó así asegurada.

-“Un centímetro cúbico cura diez pasiones” -dijo el Subdirector de Predestinación recitando una fórmula hipnópédica elemental.

-Sólo faltaba vencer a la vejez.

-¡Déjame en paz! -gritó Bernard Marx.

-¡Chico! ¡Vaya un genio!

-Las hormonas gonadales, la transfusión de sangre joven, las sales de magnesio.

-Y piensa que un gramo vale más que un ternero. Y salieron riéndose.

-Se han suprimido todos los estigmas de la vejez. Y con ellos, naturalmente...

-No te olvides de preguntarle lo del cinturón malthusiano -dijo Fanny.

-... todas las características mentales de los viejos. Se conserva el mismo carácter durante toda la vida.

... tengo que jugar antes de la noche dos partidas de golf con obstáculos. Me marchó.

-Trabajo, diversiones. A los sesenta años tenemos los mismos gustos y las mismas fuerzas que a los diecisiete. Los viejos, en los pésimos tiempos antiguos, renunciaban, se retiraban, se entregaban a la religión, pasaban el tiempo leyendo, pensando *!pensando!*

-“¡Cochinos, idiotas!” -decía para sí Bernard Marx, mientras de dirigía al ascensor.

-Hoy en día -he aquí el progreso- los viejos trabajan, practican la cópula y no tienen tiempo que perder, ni un momento para sentarse a pensar; y si, por cualquier malhadada circunstancia, el tiempo produjese una grieta en la masa compacta de sus distracciones, queda el *soma*, el delicioso *soma*, del que medio gramo equivale a medio día de descanso, un gramo a un fin de semana, dos a una escapada por el Oriente magnífico, tres a una sombría eternidad en la Luna; y al retorno se hallan al otro lado de la grieta, sanos y salvos en la tierra firme de los trabajos y diversiones cotidianos, corriendo de cine-sensible en cine-sensible, de chica en chica neumática, de campo en campo de Golf Electromagnético.

-¡Largo de aquí, niña! -dijo irritado el Director-. ¡Largo de aquí, niño! ¿No veis que su Fordería está ocupado? Idos a otra parte a proseguir vuestros juegos eróticos.

-¡Pobres niños! -dijo el Inspector.

Lentamente, majestuosamente, con un leve zumbido de máquinas, avanzaban los transportadores a razón de treinta y tres centímetros por hora. En la rojiza oscuridad, centelleaban innumerables rubíes.

#### CAPÍTULO IV

##### 1

El ascensor estaba lleno de hombres procedentes de los vestuarios de los Alfa, y la entrada de Lenina fue acogida con saludos y sonrisas amigas. Era sumamente popular entre sus compañeros, y en una o en otra ocasión había dormido con casi todos ellos.

“Guapos chicos”, pensaba mientras les devolvía sus saludos. “¡Guapos chicos!” Sin embargo hubiese preferido que las orejas de George Edzel no fuesen tan grandes (¿no le habían echado una gota de paratiroide de más en el metro 328?). Y mirando a Benito Hoover, no pudo remediar el acordarse de que era demasiado velludo cuando se quitaba la ropa.

Al volverse, algo tristes los ojos por el recuerdo del pelo negro y rizado de Benito, vio en un rincón el cuerpo esmirriado y el rostro melancólico de Bernard Marx.

-¡Bernard! -y avanzó hacia él-. Te andaba buscando.

Su voz clara dominó el zumbido del ascensor. Los demás se volvieron con curiosidad.

-Quería hablarte de nuestra excursión a Nuevo Méjico...

Con el rabllo del ojo veía a Roberto Hoover, a quien el pasmo dejaba boquiabierto. La molestó. “Le extraña que le pida ir con él otra vez”, dijo para sus adentros. Y luego, en voz alta y más efusivamente que nunca:

-Estoy encantada de pasar contigo una semana en el mes de julio -le dijo-. (De esta forma manifestó públicamente su infidelidad a Henry. Fanny podía estar contenta, aunque fuese con Bernard.) -Claro está -y Lenina ofrecióle su más deliciosa y significativa sonrisa- si es que aún deseas mi compañía...

Enrojeció el pálido rostro de Bernard.

-¿Qué diablos le pasa? -se preguntó admirada, mas entemecida al mismo tiempo por aquel extraño homenaje a su ascendente.

-¿No sería mejor hablar de esto en cualquier otro sitio? -susurró él, muy apurado.

“Ni que hubiese dicho alguna inconveniencia” -pensó Lenina-. No se habría quedado más cortado si hubiese dicho cualquier obscenidad: si le hubiese preguntado quién era su madre o algo así.”

-Quiero decir con todos éstos alrededor...

El azoramiento no le dejaba hablar.

La risa de Lenina fue franca y sin malicia.

-¡Qué gracia tienes! -dijo; y verdaderamente le hacía gracia-. Me avisarás una semana antes por lo menos, ¿no es verdad? -repetió, cambiando de voz-. Supongo que tomaremos el Cohete Azul del Pacífico. ¿Es el que sale de la Torre de Charing-T? ¿O el de Hampstead?

Antes de que Bernard pudiese contestar, llegó el ascensor al final.

-¡Azotea! -gritó una voz chillona.

El encargado del ascensor era un hombrecito simiesco, vestido de negro como los Semienanos Épsilon-Menos.

-¡Azotea!

Abrió de par en par las puertas. El calor triunfal del sol del mediodía le hizo estremecerse y guiñar los ojos.

-¡Ah, azotea! -repetió arrobado.

Se hubiera dicho que súbita y alegremente acababa de despertarse de un somnó y anonadante estupor.

-¡Azotea!

Alzó los ojos, sonriendo, con una especie de perruna admiración a los rostros de los pasajeros. Hablando y riendo salieron hacia la luz. El encargado del ascensor siguióles con los ojos.

-¿Azotea? -dijo una vez más con tono interrogante.

Oyóse después un timbre y del techo del ascensor comenzó un altavoz a dar órdenes, muy suave y sin embargo muy imperiosamente.

-¡Abajo! -decía-, ¡abajo! ¡Piso dieciocho! ¡Ascensor al piso dieciocho! ¡Abajo, al piso...!

Cerró las puertas, apretó un botón y cayó instantáneamente en la penumbra rumorosa del hueco del ascensor, en la penumbra de su propio estupor habitual.

El calor y la luz inundaban la azotea. La tarde era adormecedora con el zumbido de los helicópteros que pasaban; y el bordoneo más profundo de los aviones cohetes que cruzaban raudos e invisibles por el cielo luminoso, a nueve o diez kilómetros de altura, parecía una caricia en el aire tibio. Bernard Marx respiró a sus anchas. Levantó los ojos al cielo, recorrió el azul horizonte y, por último, posó sus ojos en el rostro de Lenina.

-¿Verdad que es hermoso? -Su voz temblaba un tanto.

Sonrióle ella en señal de comprensiva inteligencia.

-Completamente perfecto para el Golf de Obstáculos -respondió arrobada-. Y ahora tengo que marcharme, Bernard. Henry se enfada si le hago esperar... Avísame a tiempo la fecha.

Y agitando las manos cruzó sonriendo la ancha azotea hacia los hangares.

Bernard siguió inmóvil mirando el centelleo cada vez más lejano de sus medias blancas, de sus tostadas rodillas plegándose y desplegándose ágiles, y el suave vaivén de los pantalones cortos de pana, ceñidos bajo la chaqueta verde botella. El semblante de Bernard tenía una expresión dolorosa.

-En verdad que es muy bonita -dijo una voz fuerte y alegre detrás de él.

Bernard volvióse sobresaltado. La cara gordinflona y plácida de Benito Hoover se inclinaba hacia él sonriéndole, llena de franca cordialidad. Benito era notoriamente de buena pasta. Se decía de él que podría haber pasado la vida sin siquiera un gramo de *soma*. Las ruindades y los malos humores que les obligaban a tomarse a los otros aquellos artificiales asuetos, no le afectaban nunca. Todo lo veía de color de rosa.

-¡Y neumática por añadidura! ¡Vaya si lo es!

Luego cambiando de tono:

-Pero parece que estás triste. Necesitas un gramo de *soma* -y hundiendo su mano en el bolsillo derecho de su pantalón, sacó el tubo de pastillas-: un centímetro cúbico cura diez pasiones... ¡Pero oye!

Bernard, repentinamente, se había vuelto y echado a correr.

Benito le siguió con la mirada atónita.

-Pero, ¿qué le pasa a ése? -exclamó, y, moviendo la cabeza pensó que era cierto el chiste del alcohol vertido en la sangre artificial de aquel pobre chico-. Debió afectarle al cerebro seguramente.

Guardó su tubo de *soma* y sacando de su bolsillo un paquete de goma para mascar de hormona sexual, se introdujo un trozo en la boca y se encaminó, rumiando, hacia los hangares.

Cuando llegó Lenina, Henry Foster había ya sacado fuera del cobertizo su aparato y la esperaba, sentado en la cabina.

-Cuatro minutos de retraso -dijola simplemente mientras se sentaba junto a él.

Puso los motores en marcha y embragó el helicóptero. El aparato subió verticalmente, Henry aceleró; el ruido de la hélice se hizo más agudo, pasando del zumbido de un abejorro al de una avispa, del zumbido de una avispa al de un mosquito; el velocímetro acusaba una velocidad ascensional de unos dos kilómetros por minuto. Londres se empequeñecía bajo ellos. Los enormes edificios de techos planos no fueron más, al cabo de pocos segundos, que un semillero de hongos geométricos que surgían entre el verdor de parques y jardines. Y en medio de ellos, sobre un delgado tallo, un hongo más alto, más esbelto, la Torre de Charing-T, alzaba hacia el cielo un disco de brillante cemento.

Como vagos torsos de fabulosos atletas, enormes nubes carnosas flotaban perezosamente en el aire azul, sobre sus cabezas. De una de esas nubes desprendióse súbitamente un diminuto insecto escarlata, zumbando durante su caída.

-El Cohete Rojo -dijo Henry- que llega de Nueva York.

Y mirando su reloj:

-Siete minutos de retraso -agregó, moviendo la cabeza-. Este servicio del Atlántico es de una falta de puntualidad escandalosa.

Quitó el pie del acelerador. El ruido de las hélices sobre sus cabezas bajo un octavo y medio, pasando de nuevo del zumbido de la avispa y del abejorro, al del escarabajo. La velocidad ascensional del aparato disminuyó; un momento después estaban inmóviles en los aires. Henry movió una palanca; oyóse un ligero choque. Lentamente primero; cada vez más aprisa después, hasta no ser más que una bruma circular ante sus ojos, la hélice de propulsión comenzó a girar, y el viento, producido por la velocidad horizontal silbó cada vez más en los estays. Henry tenía fijos los ojos en el cuentarrevoluciones; cuando la aguja marcó mil doscientos, desconectó las hélices verticales: el aparato podía ya volar sólo con sus alas.

Lenina miró por el ventanillo que se abría en el piso y que quedaba entre sus pies. Volaban sobre los seis kilómetros de parque que separaban Londres Central de su primer cinturón de suburbios. El verdor hormigueaba de vida. Bosques de torres de pelota centrífuga brillaban entre los árboles. Cerca de Shepherd's Bush, dos mil Betas-Menos, en dobles parejas, jugaban al tenis en los campos de Riemann. Una doble fila de canchas de pelota en plataforma móvil bordeaba la carretera desde Notting Hill a Willesden. En el Estadio de Ealing se celebraba un festival gimnástico y coral de Deltas.

-¡Qué feo es el color caqui! -observó Lenina, recordando los prejuicios hipnopédicos de su casta.

Los edificios del Estudio de Cine Sensible de Hounslow ocupaban siete hectáreas y media. En sus inmediaciones, un verdadero ejército de trabajadores vestidos de negro y de caqui estaban ocupados en revitrificar la Gran Carretera Occidental. Abrían uno de los grandes crisoles portátiles cuando ellos pasaron. Un chorro de piedra fundida caía vertido sobre el camino, con incandescencia cegadora. Los rodillos compresores de asbesto iban y venían; tras un carro-aljibe, térmicamente aislado se alzaba el vapor en nubecillas blancas.

En Brentford, la fábrica de la Sociedad de Televisión parecía una ciudad en pequeño.

-Debe de ser la hora del relevo -dijo Lenina.

Cual ofidios y hormigas, las muchachas Gamma, de verde claro, y los Semienanos, de negro, se apiñaban junto a las puertas, o hacían cola para tomar los tranvías monorrieles. Los Betas-Menos color de mora iban y venían entre la multitud. El techo del edificio principal se animaba con la llegada y salida de los helicópteros.

-¡Palabra! -dijo Lenina-; estoy muy contenta de no ser Gamma.

Diez minutos después estaban Stoke Poges y habían comenzado su primera partida de Golf de Obstáculos.

## 2

Con los ojos casi siempre bajos y apartándolos inmediata y furtivamente si por azar tropezaban con uno de sus compañeros, apresuróse Bernard a atravesar la azotea. Semejaba un hombre perseguido, pero perseguido por enemigos a quienes no desea ver, porque no le parecían aún más hostiles que los imagina, y por no sentirse a sí mismo más culpable y más desamparado.

-¡Ese empecatado Benito Hoover!

Y sin embargo, a fin de cuentas, el hombre lo había hecho con buena intención. Y ello aún ponía peor la cosa. Los que tenían buenas intenciones se producían de la misma manera que los que las tenían malas. Hasta Lenina le hacía sufrir. Recordaba las semanas de tímida indecisión, durante las cuales la había contemplado y deseado, desesperando de no tener jamás suficiente valor para

decírselo. ¿Se atrevería a afrontar el riesgo de verse humillado por una negativa desdeñosa? Pero si ella dicho sí, ¡qué inmensa alegría! Y sin embargo, ella lo había dicho ya y seguía siendo desgraciado porque a ella le había parecido que era una hermosa tarde para el Golf de Obstáculos, porque se había ido a buscar a Henry Foster, porque le había hecho tanta gracia que no quisiese hablar en público de sus asuntos íntimos. Desgraciado, en una palabra, porque ella había procedido como debe hacerlo cualquier muchacha inglesa sana y decente y no de un modo anormal y extraordinario.

Abrió la puerta de su hangar y mandó a una pareja de Delta-Menos que haraganeaban por allí, que sacasen su aparato a la azotea. Los hangares estaban atendidos por un solo Grupo Bokanowsky y los hombres eran gemelos, idénticamente pequeños, negros y feos, Bernard dio sus órdenes secamente, en tono arrogante, casi ofensivo, como aquel que no está muy seguro de su superioridad. Tenérselas que entender con gentes de casta inferior, producía siempre a Bernard una impresión muy penosa. Sea cual fuere la causa (y nada de particular tendría si fuesen ciertos los chismes que corrían acerca del alcohol en su sangre artificial: siempre ocurren accidentes desgraciados a pesar de todo), la figura de Bernard no era mucho mejor que la de un Gamma. Tenía ocho centímetros menos que la talla oficial de los Alfa, y era flaco en la misma proporción. El roce con los de casta inferior le recordaba siempre dolorosamente esa insuficiencia física. -Yo soy yo, y quería no serlo-; la autoconciencia era en él punzante y desoladora. Cada vez que tenía que mirar a un Delta rectamente en vez de tener que bajar hacia él los ojos, sentíase humillado. ¿Le trataría aquel ser con el respeto debido a su casta? Esa pregunta le obsesionaba. Y no sin razón. Pues los Gammas, Deltas y Epsilones habían sido en cierto modo acondicionados para asociar el tamaño corporal con la superioridad social. La verdad, un cierto prejuicio hipnopédico sobre la estatura era cosa común. De ahí las risas de las muchachas a las que se dirigía; y las bromas que le gastaban sus compañeros. Estas bromas hacíanle considerarse un intruso, y sintiéndose un intruso, procedía como tal, lo que robustecía el prejuicio contra él e intensificaba el desdén y hostilidad producidos por sus defectos físicos. Y a su vez aumentaba su sentimiento de creerse extraño y solitario. Un temor crónico a verse desdeñado le hacía rehuir a sus compañeros y adoptar entre los inferiores una actitud inquieta y celosa de su dignidad. ¡Cuán amargamente envidiaba a hombres como Henry Foster y Benito Hoover! Hombres que nunca se veían obligados a llamar a gritos a un Épsilon para que se cumpliesen sus órdenes; hombres para quienes su posición era la cosa más natural del mundo; hombres que se hallaban en el sistema de castas como pez en el agua: tan plenamente en su casa, que ni de sí mismos se daban cuenta, ni del benéfico y confortable elemento en que vivían.

Con flojedad, le parecía, y de mala gana, rodaban los hombrecillos su avión desde el hangar a la azotea.

-¡Daos prisa! -gritó Bernard irritado.

Uno de ellos lanzó una mirada. ¿no era una especie de brutal burla la que se descubría en sus ojos grises y muertos?

-¡Daos prisa! -gritó más recio, y su voz tenía un timbre desagradable y ronco.

Trepó a su avión, y un minuto después volaba rumbo al Sur, hacia el río.

Las diversas Oficinas de Propaganda y la Escuela de Ingenieros de Emociones estaban instaladas en un edificio de sesenta pisos en Fleet Street. En el sótano y los pisos bajos se hallaban los talleres y oficinas de los tres principales diarios londinenses: *El Radio Horario*, hoja para las